

RENATO CISNEROS. *Ritual de los prójimos*. Lima, Universidad de Lima, Fondo de Desarrollo editorial, 1999.

En el poema "Alteración", uno de los más efectivos y limpios de este libro, se lee: "el amor y la muerte tienen prepotente la boca", yo agregaría –por lo menos en este caso– también quienes presentan libros. Porque en la poesía, como sabemos todos, la certeza o la propiedad de la razón son casi un acto de fe. Por eso, me atrevo a decir que simplemente si encadenamos ese mismo verso con el siguiente, nace la sorpresa, la chispa, la semilla de la verdadera poesía: "el amor y la muerte tiene prepotente la boca / y se anidan sobre el esqueleto del corazón".

Conocí a Renato hace ya un buen tiempo, en una lectura de poesía en el Centro Cultural de España. Yo llegaba solo y totalmente desorientado, y él se acercó a conversar. La verdad es que los dos estábamos igual de perdidos, pero así y todo leímos nuestros poemas, con esa saludable combinación de orgullo y de vergüenza. Recuerdo que lo primero que me llamó la atención fue su gran amabilidad y ese valioso don –por lo menos para mí– de asombrarse de las cosas antes de preguntarse cómo se llaman o de dónde han venido, o quién las ha hecho. (En ese sentido, y como un paréntesis, me atrevería a intuir que Renato está totalmente de acuerdo con Emilio Adolfo Westphalen cuando dice que el gran ideal es que toda poesía sea anónima, de manera que se lee sin pre-

juicios, sin sobrecargas afectivas o motivaciones que no tienen nada que ver con el arte).

Si hacemos un balance de la joven poesía peruana —esto entre comillas, porque no creo que la poesía tenga pasaporte o D.N.I.— podremos, quizá un tanto sesgadamente y a grandes rasgos, llegar a la conclusión de que se ha apostado básicamente por dos vías —a pesar de que, claro, hay gran variedad de voces—. De estas dos vías, la primera está marcada por una poesía interiorista, de tono menor, difícil, con pretensiones reflexivas y un lenguaje cerrado. Y la segunda —aunque ésta en menor medida— ha sido marcada por la presencia de un grupo de poetas que ha preferido explotar los extremos de la coloquialidad o la violencia del desenfado, la voz y el paisaje de la calle —no sin cierto aderezo de malditismo— quizás todavía con algunos desgastados ecos de la generación beatnik norteamericana. Pues bien, Renato ha optado —no sé si conscientemente o no, eso no importa para el caso—, por lo más difícil, y, por eso mismo, lo más atractivo: no guarecerse bajo ninguno de estos techos —son techos finalmente—, él ha preferido confiar más en la intuición de su propio pulso que en la seguridad de un camino asfaltado. “Ritual de los prójimos” es un libro que sorprende por eso, por la vocación de espejo, la honestidad expresiva, digamos, que es finalmente el primer requisito —y quizás también el más importante— para que un poema funcione. Pero ojo, no me estoy refiriendo al supuesto carácter confesional de la poesía, sino al compromiso con la búsqueda de belleza, de verdad o de conocimiento que entraña el acto de lanzarse a escribir, y que este libro ratifica en cada página. Porque, en todo caso, creo que la mejor forma de acercarse a este difícil arte, es pensar que escribir un poema no es sino cavar una mina dentro de uno mismo: asombrado ante el silencio con tu pequeña linterna en la frente, con poco aire pero oliendo el brillo de los diamantes.

Felizmente, en este libro no hay ninguno de esos baches en los que suele caer un joven poeta que intenta abrirse

brecha solo y con audacia. No hay excesos, no hay versos vacíos, o adornos, o colores y formas gratuitas. Hay deudas, sí, y eso es saludable. Pero no hay ese desmesurado y peligroso afán experimental. Tampoco el exhibicionismo autocomplaciente que es sinónimo de inmadurez. En "Ritual de los prójimos", hay, por el contrario, la certeza de que en cada página el autor tiene algo que decir: un tema, y la certeza también de que ese tema sólo va a poder ser abordado de una manera, con un lenguaje, un tono, que va a venir como un embrión en el origen del texto, y que es un reto para la destreza del poeta aprender a capturarlo, a presentirlo. Pero lo mejor es que ese "algo que decir" no ha llegado desprotegido, despojado de brillo o de textura por el impulso de la urgencia expresiva, sino que constantemente nos sorprende con imágenes exactas, redondas: "el amor ahogándose en los espejos de mi cuerpo", dice por ejemplo en Redención, o "y tú naces y me llevas / a las colinas donde copula el Tiempo", que son los últimos versos del poema. En algún patio deshabitado.

Nunca he sabido por qué la gente suele hablar de "poetas y escritores", diferenciando ambos términos, como si los poetas no escribieran sino que fueran algo así como una especie de fusibles de Dios, de pararrayos, una suerte de iluminados perpetuos de los que brotan palabras maravillosas que caminan solas y encantadas hasta el papel. La poesía es un largo oficio inservible dice en cambio Renato, no sin un callado grito de rabia, pero con la absoluta conciencia de que cada verso, cada pausa, requiere una precisión matemática: trabajo, exactitud y concisión. Y Renato ha asumido todo esto con la humildad del que escucha, y la necesaria ambición del que ha aprendido a mirar. La poesía, pues, crece a punta de pestañas quemadas, y de eso sí no tengo la menor duda. En ese sentido, "Ritual de los prójimos" es un libro en el que entre cada línea, en la pausa de un verso hasta otro verso, sentimos eso. Y eso se explicita cuando acabamos de leer todo el conjunto y cerramos el libro. El lenguaje ha sido exprimido, se le ha hecho gritar como quería Octavio Paz cuando les decía a las palabras: "chillen putas".

Y las palabras han gritado. *"Ritual de los prójimos"* es un libro bello escrito desde la edad de su autor, desde un lugar que es sólo suyo y que ha sido absolutamente asumido, con dolor y con emoción, con alegría y miedo. Ultimamente – y creo que por haber leído mal no sé qué tradición– los jóvenes poetas han asumido que lo único interesante es lo escabroso, las formas voluptuosas de la maldad y los sentimientos negativos. "La bondad no es atractiva" piensan en coro. Pues bien uno de los mayores méritos de *"Ritual de los prójimos"* es comprobar contundentemente lo contrario.

Diego Otero
Universidad de Lima